

EL BANCO DE PIEDRA

El sol se esconde tras el muro y dejo de sentir su calor en mi espalda, es casi el final de otra tarde como tantas. Dos pajarillos se posan sobre mi hombro desnudo y al mecerse la hierba con el viento me hace cosquillas en los pies. En especial un lirio blanco que ha crecido rebelde, al contrario que sus compañeros que se alzan altivos. Cerca de mí debe haber una fuente, lo sé porque puedo sentir el relajante sonido del agua al caer, pero no puedo verla porque queda a mi espalda. Frente a mí el suntuoso palacete de grandes balconadas, de viejas contraventanas y oscuras cortinas. Puedo ver la enorme puerta, y sus majestuosas escaleras por las que vi descender a Rodrigo cada día desde su más tierna infancia.

Rodrigo había crecido correteando a mi alrededor, jugueteando en este jardín. Aquí lo vi hacerse un hombre. Recuerdo cuando lo vi por primera vez acompañado de Elisa. Él tan elegante como siempre, ella con un vestido color marfil y una sombrilla blanca. Me impresionó su cabello tan rubio, todo lo contrario, a Rodrigo que era puro azabache. Se sentaban en el banco de piedra debajo de la acacia y se decían palabras de amor.

Aunque con el tiempo Elisa fue perdiendo poco a poco su belleza, he de reconocer que siempre tuve celos de ella. Yo seguía siendo joven, siempre lo sería, condenada a tener el mismo rostro, el mismo cuerpo, aunque el tiempo había oscurecido mi tez y unas manchitas verdosas habían crecido sobre mi cuerpo. Pero Rodrigo jamás se fijaría en mí a pesar de mi desnudez, de mi belleza, de mi perfección. No al menos como a mí me hubiese gustado. Sí, he de reconocer que siempre tuve celos de Elisa, siempre tan cerca de él. Ella podía acariciar su piel, yo debía contentarme con mirarlo e imaginar cómo sería poder tocarlo.

Con los años Rodrigo también se marchitó, como se marchitan las hojas del chopo en otoño, como se agrieta la tierra con el calor del sol. Un día dejó de bajar las escaleras. Dejó de sentarse en el banco de piedra y las puertas y ventanas del palacete se cerraron para siempre. Tampoco volví a ver a Elisa, ella también estaba marchita. Entonces un día se abrieron las puertas de sus muros y los jardines se llenaron de vida. Jardines que antaño guardaron los secretos de una familia, ahora se habrían al público. He de reconocer que me costó sentir invadida mi intimidad, aceptar que otros vieran mi desnudez.

He perdido la cuenta de cuánta gente se ha sentado en el banco de piedra desde entonces. Madres con sus hijos, parejas de enamorados, ancianos que dan de comer a las palomas y otros muchos, pero ninguno como Rodrigo. Solo María ha llamado mi atención.

En realidad, no sé su nombre, pero la llamo María, como esa niña traviesa que su madre riñe cuando se acerca al estanque. María se sienta en el banco de piedra, abre su mochila y saca su cuaderno de dibujo y su lápiz de carboncillo, me mira fijamente y me dibuja. No es tan guapa como Elisa, pero sus ojos son de nobleza extraordinaria. Me siento orgullosa de ser la elegida, me costó sudor y lágrimas ser como soy. A pesar de los años jamás olvidaré cada golpe de maza, cada arañazo del puntero moldeando mi cuerpo. No fue fácil nacer de las entrañas de una roca. Por no mentar el sufrimiento de los inviernos debido a mi desnudez. Costó mucho esfuerzo darme este aspecto.

Me gustaría que me enseñase el dibujo, así podría ver lo que hay a mi espalda. Podría saber cómo es esa fuente que llevo tantos años escuchando e imaginando. Cómo es ese muro tras de mí que me tapa el sol al atardecer. Cómo son los árboles que se mecen con el viento y que no puedo ver, cómo es el resto del jardín. Quizás no sea

un muro sino un seto de arbustos, quizás no sea una fuente sino una pequeña cascada. Sobre todo, podría saber cómo soy en realidad. Cómo es mi rostro, si guapa o fea. Creo que nunca lo sabré porque jamás veré ese dibujo.

Me pregunto si cuando termine su dibujo seguirá viniendo, si soy la única que ha dibujado, y sobre todo, me pregunto qué hará con su obra, si la verá alguien más.

Pienso que no debo encariñarme con la gente, ellos van y vienen mientras yo sigo aquí a pesar del tiempo. Cuando María desaparezca como desapareció Rodrigo, como desaparecieron tantos, yo seguiré aquí. El mármol blanco se oscurecerá aún más, incluso voy tomando ese color verduzco de la humedad, pero seguiré aquí. Igual de joven, igual de perfecta, tal como me imaginó mi creador. ¿Quién sería la modelo que posó prestándome su cuerpo? ¿De quién tomé el rostro? ¿Acaso seré la imagen de la enamorada de alguien? ¿O mi rostro será un rostro inventado?

El sol ha caído del todo, empieza a oscurecer y ya no queda nadie alrededor. Las puertas del jardín están a punto de cerrarse y comienzo a tener frío, mi creador no pensó en eso al esculpirme desnuda. Las noches en soledad son tristes y aburridas a pesar de algún gato solitario que viene a visitarme.

Esperaré con ansiedad la llegada de un nuevo día para volver a sentir el calor del sol y volver a ver a María. Para volver a ver a toda esa gente que pasa cerca de mí y se sienta en el banco de piedra. Algunos solo de paso, a otros los veré crecer, envejecer y desaparecerán. Yo seguiré aquí por mucho tiempo, igual que el banco de piedra. Solo soy una obra de arte.

Marta Carón Peña